

Ernesto Langer Moreno

Elías
Novela Breve



2010

Derechos reservados 2010 © Langer Ernesto
Registro propiedad intelectual: 192937
ISBN: 978-956-332-686-4
Portada: Swen André Langer Fernández
Julio de 2010
Imagen solapa: Oleo de Swen André Langer F.
elanger@escritores.cl
Impreso en Chile / Printed in Chile

*A mis hijos André, Hans,
Cristóbal y Benjamín.*

Primera parte

I

Encarnado, cubierto por una nueva piel, en medio del abundante follaje de los árboles que crecen hacia el cielo, cerca del ruido de las aguas que enloquecidas arrastran su lengua mojada por la tierra, su primer llanto sonó como un débil desgarró. Luego su madre cortó con los dientes el cordón umbilical y agotada se tendió sobre la hierba con su hijo en el pecho.

Lejos quedó el pueblo y aquel hombre que no había aceptado la idea de traer esa nueva vida al mundo, aquella que dormía ahora sobre sus pechos hinchados, arrullada por el sonoro respirar de las criaturas del bosque.

Al amanecer se adentró aún más en la espesura, caminando lentamente, pensando en que nada importaban ahora el pasado, los recuerdos, sino sólo el futuro incierto que le esperaba después de haber tomado la decisión de sobrevivir y criar al fruto de su vientre.

Pasó la mañana con el niño en brazos, amantándolo, tratando de reponerse de su natural de-

bilitamiento. Se refrescó en el agua de un estero y aprovechó de limpiarse y limpiarlo.

Comió del pan previsto para el viaje y, sentada sobre una gran roca en medio de ninguna parte, le puso nombre a su hijo: Te llamarás Elías, le dijo, y lo besó ceremoniosamente en la frente.

Elías se aferraba al pecho después de buscarlo tanteando con avidez, deseoso de succionar la leche maternal; luego se dormía para volver a despertar hambriento. Era un niño sano, como muchos otros nacidos por entonces en esas tierras generosas. Nada dejaba presagiar lo singular de su destino.

Tres días después del parto y de caminar, la mujer no había logrado recuperar sus fuerzas y su salud decaía, tenía que detenerse a descansar cada vez por más tiempo. Al atardecer, fatigada, divisó entre los árboles lo que parecía ser una cabaña. De ella vio venir un hombre delgado, vestido en forma ligera, quien mirándolos con ojos serenos y dulces se les acercó hasta tomar la criatura en sus brazos, antes de verla caer desmayada a sus pies, exhausta.

La cabaña era pequeña, construida con la corteza y las ramas de los árboles. Era limpia, tenía una sola ventana y una puerta. Los únicos objetos que se veían adentro eran un cántaro para el agua, unos cestos con fruta y unas mantas viejas. Cuando despertó buscó nerviosa su hijo y lo encontró durmiendo tranquilo en los brazos del hombre que lo arrullaba con un dulce susurro.

Se levantó de prisa llevada por un impulso, para quitárselo, y el hombre no opuso resistencia, entregándole el niño con una ternura que la sorprendió. La criatura buscó enseguida su pecho y ella se sentó

en un rincón a amamantarlo, sin quitarle al hombre los ojos de encima.

Más tarde, un poco más repuesta, se atrevió a hablarle. Resultó ser un hombre que había decidido abandonar todas sus pertenencias para venirse a instalar allí en la soledad, huyendo del mundanal ruido, buscando a Dios y a sí mismo.

Vivía solo y, según dijo, hacía varios meses que no veía a nadie.

El hombre los invitó a quedarse y como su simpatía por el niño era evidente, la madre no tardó en dárselo en los brazos permitiéndole que lo arrullara acariciándolo. El lugar era hermoso y el hombre cordial por lo que decidió permanecer allí hasta lograr reponerse completamente.

Después, la quietud y la belleza del lugar, más las buenas vibraciones de su habitante, lograron persuadirla de que ese era el lugar ideal para criar a su hijo, allí en medio de la naturaleza, apartado del mundo.

Así, Elías creció sano, amado por aquellos dos seres que habían preferido retirarse del mundo, cada uno por sus razones, y que le habían entregado lo mejor de sí mismos.

Sus primeros pasos fueron dados en medio de ese verde oloroso que puebla los lugares casi vírgenes, inocente y salvaje aprendiendo el lenguaje de los suyos, mezclándolo con la lengua de los animales y los árboles, amparado, protegido lejos de los oscuros ires y venires de sus semejantes. El agua era su espejo, las criaturas del bosque sus compañeros de juego. Hasta que con el tiempo creció y le asalta-

ron las preguntas. Preguntas tan profundas y vitales que sus padres presintieron su partida en busca de respuestas, el comienzo de su historia. Y lo dejaron partir, no sin antes hacerlo prometer que volvería.

II

El sendero hacia el mundo tiene miles de brazos y muchas direcciones, Elías tomó cualquiera. Caminó durante días hasta que divisó a lo lejos el polvo levantado por una carreta siguiendo la huella de un estrecho camino. Agilizando su paso logró alcanzarla y ver, finalmente, el aspecto de otro de sus semejantes.

Marcos Dionisio Pantoja era un comerciante de cuerpo regordete, acostumbrado a una vida itinerante. Vendedor de los más diversos utensilios domésticos su carreta iba cargada con sartenes, cucharones, ollas y cosas por el estilo, las que emitían un gran ruido al estrellarse unas contra otras.

Elías caminó largo rato detrás de la carreta observándolo, sin atreverse a llamar su atención y sin que éste lo notara. Cuando Pantoja lo hizo, le pareció curioso encontrar a alguien a pie por ese camino y lo invitó a subirse a la carreta, haciéndole señas con una mano.

Elías subió y se sentó a su lado permaneciendo en silencio. El calor y el lento movimiento de la carreta invitaban más bien a que el viaje fuera algo somnoliento. Pero de repente el comerciante habló.

Voy hasta los Pozos, le dijo, allá me esperan

mi mujer y mi hija. He recorrido la región vendiendo mis productos y tengo ganas de regresar. Me ha ido bien, no me quejo, he tenido un buen viaje, con lo que he ganado tenemos para pasar un buen invierno. Espero que todo esté bien por casa y que el pesado de Ronaldo haya dejado de rondar por ella asediando a mi hija.

Es increíble lo que uno se preocupa por los hijos, continuó, la semana pasada estuve en un pueblo de la costa donde una terrible epidemia daba muerte a los niños pequeños. Se podía hacer un río con el llanto de las madres, pero no había nada más que hacer que lamentarse. Entonces di gracias a Dios por no encontrarme en una situación como esa y en lo único que pensé fue en regresar y abrazar a mi familia llenándola de besos.

A Elías le pareció que el hombre hablaba demasiado, pero lo siguió escuchando.

María, mi hija, continuó, es linda como una flor, se parece a su madre cuando tenía su edad y cocina aún mejor que mi esposa. Ya en varias ocasiones he tenido que espantar a cargosos pretendientes que queriéndola seducir sueñan con desposarla, cuando todavía es muy joven.

El caso es que ninguno tan persistente como Ronaldo, el hijo de Bohemius, el ebanista, que aún conociendo mi pensamiento al respecto, insiste en verla y cortejarla. Yo le perdí toda simpatía el día en que queriendo verla se sentó por largo tiempo sobre una piedra frente a mi casa, esperando que mi hija saliera para abordarla. Por supuesto que ella no quería hacerlo y fue tanta mi molestia que salí para encararlo. Es un joven odioso, hizo como si no me

escuchara y allí se quedó, hasta que finalmente mi María tuvo que, por piedad, dirigirle la palabra. El la quiere por esposa, se lo dijo, y yo haría cualquier cosa por no tener que soportar un yerno como ese. Dejé bien aleccionada a mi mujer, pues no quiero que el tipo se aproveche de mi ausencia.

El comerciante se veía inquieto, pero no apuraba la marcha, consciente de que eso sólo lograría agotar a las dos bestias que tiraban de la carreta. De pronto sacó una botella que guardaba bajo unos ties-tos, bebió un buen sorbo y le ofreció a Elías un trago. Este se empinó la botella sin imaginar que ese líquido le quemaría la garganta, se puso rojo y sintió convulsiones en el cuerpo.

Está bien, está bien, quiso calmarlo Pantoja, es sólo un poco de licor, le dijo, y le golpeó la espalda con suavidad.

Elías creyó sucumbir, pero poco a poco le fue volviendo el alma al cuerpo y la tranquilidad.

No será ésta la única sorpresa, pensó volviendo en sí.

Detrás de unas colinas el pueblo de Los Pozos aparecía con luces en sus casas, espantando la oscuridad. Llegamos, le dijo Pantoja, contento.

Después de despedirse y agradecer al comerciante Elías se dedicó a recorrer un poco el pueblo. Jamás había visto casas como esas. Eran casas de barro o ladrillo, altas, con pesados techos de tejas, muchas ventanas y luces, unas tras otras puestas en filas como si fueran una gran culebra que se contorsiona dando vueltas.

El ver tanta gente le produjo una especie de

temor incomprensible que le hizo querer retroceder por donde mismo había venido, pero no lo hizo, en cambio buscó un lugar solitario, estiró su manta y se acostó a dormir bajo las estrellas, como lo había hecho tantas veces.

III

La mañana siguiente fue agitada desde un comienzo. A Elías lo despertaron los perros que buscaban comida entre los desperdicios y, antes de salir el sol, entre el canto del gallo y las campanas de la iglesia, él ya caminaba con sus pies desnudos levantando el polvo de las calles.

Poco a poco hubo más y más gente. Entonces pensó en que al fin estaba ahí donde quería, en medio de todo el mundo, tan cerca de poder responder a muchas de sus preguntas. Porque para él era un misterio la vida de los hombres. Después de vivir tantos años alejado quería conocerlos, hablar con ellos, vivir con ellos, saber lo que pensaban y soñaban.

De estos con que ahora se cruzaba algunos lo saludaban, otros lo ignoraban o le lanzaban a los ojos miradas despreciativas. Varios perros lo siguieron mientras caminaba absorto mirando las vitrinas. Se detuvo en una verdulería y cogió una fruta, una manzana. La mordió y le pareció deliciosa. Luego iba a continuar cuando el comerciante se le acercó amenazante exigiéndole su pago. Elías verdaderamente no comprendió lo que éste le pedía y debió de poner una cara tan sorprendente que el verdulero, considerando que se trataba solamente de una manzana, lo dejó ir

pensando que era un loco. Continuó como si nada, mordiendo, disfrutando la manzana.

Un par de niños que habían observado todo el incidente corrieron a burlarse dándole pequeños empujones, cosa que Elías recibió con mucha gracia, tomándolo como un juego.

Las carretas y unos pocos autos llamaron su atención. Se dijo que era verdaderamente entretenido e interesante haber decidido hacer un viaje como éste. Aunque echó un poco de menos el verde abundante y el agua cristalina que tan bien le haría a un lugar así de polvoriento.

Cuando el sol estaba justo encima de su cabeza se sentó bajo la sombra de un viejo árbol, en medio de una plaza, a observar los pájaros que se bañaban en una pileta. Se refrescó como ellos en el agua. Tuvo hambre y entonces se dio cuenta que allí no habían frutos en los árboles, ni huevos en los nidos, ni hongos en la tierra, ni peces en el agua con que alimentarse. Otra sorpresa, pensó, y se preguntó cómo haría para lograr comer algo.

En eso le llamó la atención el campanario de la iglesia y se distrajo. Nunca antes había visto una torre como esa, ni una casa tan imponente. Allí debía de vivir alguien muy importante, supuso.

Entró a la iglesia e inmediatamente se sintió incómodo al encontrarse solo en un lugar tan enorme y vacío, lúgubre y oscuro, rodeado de símbolos desconocidos y estatuas de yeso adornando sus paredes. La abandonó de prisa, como si algo o alguien lo persiguiera: un mal augurio. Afuera respiró profundo, sintiéndose más aliviado. Y se dijo que, aunque el que vivía allí debía ser muy importante, no debía ser

alguien muy sano ni digno de confianza.

Cruzó la calle y volvió a la plaza. En ella se tendió sobre uno de los bancos a reposar y sentir el calor del sol en todo su cuerpo.

Ya por la noche, mientras caminaba, vio como se fueron apagando una a una las luces de las casas, hasta dejar las calles completamente a oscuras y en silencio.

Volvió al lugar que había elegido para dormir y, cuando lo hacía, vio a dos hombres discutiendo en una esquina.

Después vio como estos se fueron a las manos, el uno le daba al otro y viceversa. Uno de ellos sacó un cuchillo y el otro envolvió su brazo con la chaqueta.

Elías pudo sentir el odio que emanaba de esos dos cuerpos excitados y recordó haber visto eso entre dos lobos peleando por la comida. Pero jamás pensó encontrar lo mismo entre los hombres. Dejó el lugar, boquiabierto, mientras los dos contrincantes seguían batiéndose con furia.

Aquello que comenzaba a conocer de los hombres lo desconcertaba. Era mucho para un sólo día. Y buscó el reposo.

IV

Al otro día dos oficiales lo zamarrearon mientras aún dormía cubierto con su manta. Apenas pudo sentarse comenzaron a interrogarlo. Anoche había ocurrido un crimen y buscaban sospechosos. Querían saber su nombre y qué es lo que hacía en Los Pozos. Fue poco lo que pudo explicar en ese instante, y aunque su comportamiento no era el de un criminal se lo llevaron detenido por vagancia. Elías no dijo nada, los acompañó sin oponer resistencia.

En el cuartel insistieron en saber si había visto algo. Entonces él les contó sobre la pelea callejera entre aquellos dos hombres. Resultó que describió con tanta precisión a la víctima, y también al asesino, que sin quererlo se convirtió en el principal testigo de los hechos.

Le preguntaron si conocía a alguien en el pueblo, Elías sólo recordó a Pantoja y dio su nombre.

Un par de horas más tarde veía de nuevo al comerciante.

Enterado de lo ocurrido Pantoja se identificó y sorprendentemente se ofreció como garante de Elías en caso de ser necesario. La policía lo dejó libre con la condición de que permaneciera en el pueblo, y Pantoja lo llevó a su casa.

La casa del comerciante era de ladrillos, grande y hermosa, con cardenales rojos adornando las ventanas y con dos faroles alumbrando la puerta de entrada.

En ella la mujer de Pantoja lo recibió con cordialidad y le sirvió una sopa caliente. Entonces conoció a María, que se sentó también a la mesa a compartir. Ella era tan bella o más de lo que dijera su padre. Tenía los ojos verdes y grandes, el pelo ondulado y largo, se le dejaban caer algunos rizos sobre la frente morena y tersa. Sus manos eran finas y su cuello perfecto. Tendría unos diecisiete años y una risa exquisita.

Elías se dio cuenta inmediatamente que su corazón comenzaba a latir de un modo inusual y se sorprendió de sentir emociones como esa. Quedó maravillado con los graciosos movimientos de María, pero ocultó sus sentimientos haciendo un esfuerzo.

Esa noche estuvieron hasta tarde compartiendo, escuchando las historias de Elías y se extrañaron que un joven de su edad no supiera leer ni quien era el Presidente de la república. Aunque sospecharon de él otras virtudes menos comunes y más excelsas.

Luego le prepararon una cama que a Elías le pareció demasiado blanda, prefiriendo acostarse sobre el piso.

El misterio del crimen fue resuelto rápidamente. Elías fue llamado a identificar al sospechoso.

Allí estaba uno de los hombres de esa noche. El que había sacado el cuchillo y se abalanzara sin piedad sobre el otro. El hombre estaba esposado de espaldas a la pared, con su cabeza baja, pero Elías lo

reconoció de inmediato. Ya no emitía éste el mismo olor a odio de esa noche y Elías notó que el hombre lo observaba todo de manera cabizbaja. Inclusive a él lo miró de un modo que le produjo una pena sorda en el alma. Pero ese era él, un hombre que ahora olía, sentía como un hombre, y que esa noche se había convertido en un animal y arrojado con furia sobre su presa.

No pudo sino sentir lástima por éste, pues le dijeron que según la ley de los hombres su condena sería la muerte. Y él no sabía alegrarse de la desgracia ajena.

Después de esto quiso estar solo para pensar un poco y se fue del cuartel hacia la casa de sus amigos, caminando por calles hasta entonces desconocidas.

De pronto se dio cuenta que lo seguían. Era un joven bien fornido, de cabello rojo y largo, con un gran sombrero, quien apuraba el paso para alcanzarlo. Elías se detuvo. Cuando estuvieron frente a frente éste lo amenazó, molesto según dijo por su excesiva cercanía con María. Le dijo que ella era suya, y que no aceptaría que ningún pelafustán recién llegado se le interpusiera. Que si no partía de allí cuanto antes tendría que vérselas con él y con los suyos.

Elías no pronunció palabra, lo miró a los ojos directamente sin perder la compostura, sin provocarlo. De nuevo podía oler el odio en un hombre y sabía por experiencia que no se debe responder a las amenazas de un animal a no ser que fuera inevitable.

El colorín le dio un empujón y luego desapareció por donde había venido.

No dijo nada de lo ocurrido. Habiéndose ganado la confianza de la familia permaneció con ella

ayudando en los más diversos quehaceres, profundizando su amistad con María. Pantoja le regaló unas prendas que le sentaban y tuvo también que lidiar con unos zapatos que en un principio le fueron casi insoportables.

Le gustó la vida de esa familia y la familia por su parte se empeñó en querer enseñarle algunas cosas sobre el mundo. María le enseñó a leer y a escribir, incentivada por su padre.

A la semana de haber comenzado el aprendizaje Elías ya podía reconocer algunas sílabas y María se sentía dichosa con los resultados. Diríase que se sentía feliz de poder sacar a Elías de esas sombras y al mismo tiempo, de ver como esa sencillez y naturalidad de su pupilo se transmitía hasta su alma.

Los progresos fueron rápidos, sobre todo en aritmética donde Elías se mostró un verdadero prodigio. Pantoja incluso soñó con poseer una habilidad como esa para utilizarla en sus negocios, y siguió alentándolos a continuar con los estudios.

Pensó que Elías tendría una especie de don que lo hacía diferente a todos porque aprendía sin cesar la materia que le mostraran. Tan diferente a él que había sido siempre un mal alumno y resultado tan mediocre en matemáticas.

Pero a decir verdad el secreto era que Elías se hallaba cautivado por María y estaba por lo tanto llano a cualquier cosa que ella pudiera enseñarle. Amaba realmente esas tardes de ejercicios, los cálidos y tiernos reproches de su profesora cuando la materia no avanzaba. Pero, sobre todo, amaba esos grandes ojos verdes. Aunque nunca dijo nada. Nada. Aún si notaba que para ella él tampoco era indiferente.

Demasiado tímido tal vez, guardó sus senti-

mientos temiendo arruinarlo todo, conociendo el pensamiento de Pantoja sobre el asunto.

Por ese tiempo Ronaldo comenzó de nuevo a rondar por la casa y Pantoja se puso furioso, hasta el punto de salir un día decidido a romperle la nariz. Lo agarró de la camisa y cuando lo hizo Ronaldo empezó a gritar a toda boca.

Le dijo que era el colmo, que como permitía que un don nadie, venido de no se sabe donde, pasara el tiempo bajo sus propias narices cortejando a su hija. Que era un viejo ciego. “Pero a mí no me harán eso, continuó, a mí no me harán eso”.

El comerciante se irritó aún más al escuchar esas palabras, pues jamás se le había pasado siquiera por la mente una relación amorosa entre su protegido y su hija.

Empujó a Ronaldo con fuerza quien temeroso emprendió la fuga gritando lo mismo mientras se alejaba corriendo, tropezando una y otra vez. “A mí no me harán eso, no lo crean ustedes, no me harán eso”.

Pantoja volvió a su casa agitado, confundido, y con el germen de la desconfianza en la mente. María trató de calmarlo, pero éste la alejó.

Elías que como todos había escuchado, y de paso reconocido al colorín, pensó que la cosa se ponía un poco negra y se prometió a sí mismo disimular aún más la atracción que sentía por María. Pues no podía dejar que en el espíritu del padre permaneciera la mínima sospecha.

Las siguientes semanas fueron más calmas. El celoso padre pareció olvidar sus sospechas y dejó de

observarlos con miradas suspicaces.

Elías los encantaba con sus largos relatos por las tardes. Les contaba como eran esos parajes indecibles, los ruidos y silencios mágicos de la espesura desdibujada por la noche. Les hablaba de sus juegos con los animales, de su permanente trepar a los árboles para otear el horizonte. Su tono de voz se ponía triste y melancólico cuando les contaba de sus padres.

En realidad era tan conmovedor escucharlo contando todas esas cosas, que la familia de Pantoja le agradecía esos momentos, sintiéndose bendecidos de escuchar aquello tan fantástico y al alcance de tan pocos.

Cada uno tenía en su mente una imagen clara de la paz y armonía que rodeaban a esa pequeña cabaña del bosque. Cerraban los ojos y podían oler el rocío de las aguas cayendo estrepitosamente sobre la tierra y las piedras. Veían los árboles enormes permitiendo que el viento silbara entre sus copas.

Todo eso les volvía la vida más alegre y distinta.

Por su parte, para Elías ésta era la repuesta a una de sus preguntas más interesantes; estaba seguro que eso era el amor.

María le resultaba ahora imprescindible y no hubiese podido pasar un día sin verla ni escuchar su voz. No importaba que todo eso debiera guardarse en el más profundo de los silencios, pues él podía ver en las miradas de ella un sentimiento recíproco.

Algún día sería su momento. Pero por ahora se conformaba de vivir lo que vivía, algo maravilloso de lo que su madre le había hablado siempre, y que era uno de los propósitos de su viaje.

V

La vida le sonreía, estaba dichoso. Cada día traía para él un amanecer de júbilo. Pero el viernes por la noche el destino diría otra cosa, pues María era encontrada muerta asesinada a pocos kilómetros de su casa.

Pantoja sintió que le temblaban las rodillas al recibir la noticia, su madre cayó desmayada como fulminada por un rayo.

Un cuchillo, clavado en su espalda, había sido el causante de que la vida se le escapara poco a poco.

Pero, quién haría eso.

Con la última persona que la vieron fue con Elías y éste no aparecía por ninguna parte. Ronaldo entonces se encargó de culparlo y levantar la ira de casi todo el pueblo en su contra. Era evidente, según él, que éste la había asesinado al no poder poseerla, porque el cuerpo de María tenía rastros de forcejeo e intentos de violación.

Pantoja enardecido maldijo a Dios por haber permitido llevar hasta su casa a un mal nacido como ese y ciego de angustia y odio encabezó la persecución del que creía el asesino de su hija.

En vano resultaron las advertencias de la po-

licía quienes trataron de detenerlo, impidiéndole cometer alguna tontería, haciéndole ver que la culpabilidad de Elías debía comprobarse luego de una exhaustiva investigación.

Elías sin embargo fue advertido por aquellos que no creían en su culpabilidad; al saberlo creyó también morir de angustia y declarando su completa inocencia quiso buscar a María para estar con ella sin pensar en lo que pudiera ocurrirle. Pero los gritos exaltados de la turba que venía en su búsqueda lo hicieron desistir y emprender la huida siguiendo sus instintos.

No podía creer lo que estaba sucediendo. Cómo pensaban ellos que él podía haber hecho una cosa como esa. El la amaba, ella era lo mejor que le había ocurrido en su joven existencia. Qué haría ahora sin ella. A dónde iría para volver a encontrar esos ojos y esa risa.

El desgano, la impotencia, el dolor, la angustia y el desconsuelo lo hicieron su presa, pero siguió corriendo para salvar su pellejo. María, María, María, gritaba como un animal herido, y la rabia anidó también en su corazón desgarrado, en sus ojos llenos de lágrimas.

Huyó hacia los cerros y se escondió en una cueva, desde donde vio al grupo de hombres con antorchas en su búsqueda. Pantoja y Ronaldo eran sus líderes. De nuevo sintió el odio en los hombres y buscó evitarlos.

La cueva era profunda y Elías se internó en la oscuridad. Allí pasó la noche en cuclillas pensando en María y en cómo podría volver a verla, obligándose a creer que ésta no era más que una horrible pe-

sadilla de la cual despertaría en cualquier momento.

Su corazón estaba hecho pedazos y no podía resignarse a no verla nunca más.

Sin embargo, el destino es inexorable y ni siquiera pudo acercarse para asistir desde lejos al funeral. Decidió alejarse cuando vio a un grupo de hombres uniformados siguiendo su pista. Mientras su María quedaba en la distancia.

VI

Hubiese querido volver a su casa en el bosque, y lo hubiera hecho sino fuera porque escuchaba a los perros que hurgaban el lugar en su búsqueda. Permaneció varios días en esa cueva sin asomarse siquiera a la luz del sol. No sintió sed, no tuvo hambre, todo ese tiempo se lo pasó como si fuera un fantasma.

Entonces, solo en la oscuridad, completamente decaído anímicamente, comenzó a sacar cuentas de lo ocurrido; las imágenes de su vida empezaron a aparecérselo reflejadas en las paredes de la caverna.

Primero apareció su madre cantándole canciones hermosas con una voz muy dulce, haciéndole cariño con sus dedos en la cabeza, luego fueron las sabias lecciones de ese hombre tranquilo que él veía como su padre, hablándole siempre con calma, enseñándole a ser pacífico y paciente en toda circunstancia, mientras hacía dibujos con una vara en la tierra. Enseguida el agua, siempre el agua, limpia, cristalina, desahogada y libre cruzando el bosque como una viajera eterna y salvaje. Después aparecieron las preguntas que lo habían motivado a hacer su viaje: ¿Cómo vivían los hombres? ¿Cómo era el amor ese del que le hablaba su madre? ¿Cómo eran sus casas?

Entonces recordó su partida, la carreta y el polvo que levantaba con su pesado tranco, a Pantoja, al pueblo de Los Pozos iluminando la noche tratando de espantar la oscuridad.

Todo eso le pasó por la mente como una película. La nave de la iglesia, inmensa, desolada, espantosa y aterradora, los pájaros bañándose en la piletta, ágiles y alegres. Su alegría al sentir que su viaje era lo correcto, que estaba comenzando a conocer como vivían los hombres, como eran sus casas y sus sueños.

Las imágenes lo embargaban haciéndole tragar saliva con dificultad.

Después vino la escena de los dos hombres peleando como si fueran bestias salvajes, ese cuchillo que brilló a la luz de la luna cuando él decidió retirarse y abandonar lo que a sus ojos era un macabro espectáculo. Al otro día los agentes y de nuevo Pantoja que lo recibe en su casa. Y María, su María, la piedra angular de su destino. El ser de cuerpo y espíritu más delicado, la estrella de sus noches, alma de su alma. Entonces le volvía a aflorar el llanto y empezaba a transpirar arrastrándose sin poder controlarse, enardecido y mudo de rabia sin poder explicarse las cosas.

¡Que días aquellos de franca desesperación!

Pensó en entregarse y defender su inocencia, pero enseguida desistió sintiendo una gran desconfianza hacia los hombres. Finalmente esperó la noche y se alejó del lugar cubierto por las sombras, sin que sus perseguidores pudieran verlo. Durante días caminó y caminó hasta que llegó al pueblo de Terramonte, un lugar rodeado por cerros, próspero, con

calles limpias y enormes faroles alumbrando las calles, a esa hora solitarias.

Apenas pisó esa tierra dos extraños intentaron agredirlo, pero Elías reaccionó con firmeza, les hizo morder el polvo y arrancar.

En ese momento descubrió que algo cambiaba en él. Había perdido el interés por responder a sus preguntas, o tal vez ya tenía suficientes respuestas, pero el Elías que entró en Terramonte no era de ninguna manera el mismo que había llegado a Los Pozos hace algún tiempo. Su objetivo no era más saciar la curiosidad de un ingenuo habitante de un perdido rincón del mundo, sino la supervivencia y cosa extraña en él, la venganza.

Se dejó crecer el bigote, la barba, y no le costó encontrar un empleo e instalarse. Ganaba cinco pesos, con tres vivía y los otros dos los guardaba.

La gente del pueblo aprendió a estimarlo, él jamás habló de donde venía, ni repitió sus maravillosos relatos sobre la vida libre y natural de las criaturas del bosque.

Todos lo conocieron allí como un hombre que manejaba los números con una habilidad poco común y lo creían oriundo de alguna gran ciudad.

Sin embargo la pena profunda arraigada en su alma, llevada en silencio, lo convirtieron en un cliente habitual de los bares del pueblo.

Todas las noches visitaba esos lugares donde el vicio hace nata y extraños personajes comparten sus vidas quebradas embriagándose.

En uno de ellos conoció a Eloisa, una prostituta joven y bella que serviría a sus propósitos. A ella le entregó por primera vez todo el ardor de su cuerpo y, en más de una ocasión, ésta lo sorprendió

llorando sin motivo aparente, con los ojos perdidos en la distancia.

Con el tiempo Eloisa que lo consideraba más que un simple cliente, comenzó a ser su único confidente. Cuando ésta conoció la historia sintió tristeza y rabia como nunca y se ofreció a ayudarlo urdiendo un plan en conjunto.

Se hará justicia, le dijo, y desde entonces Elías intuyó que la oportunidad de la verdad estaba cerca.

VII

Eloisa fue la encargada de traerle noticias de Los Pozos. En el pueblo la vida continuaba sin que el crimen de la bella joven se hubiese olvidado, sino que al contrario, se había convertido en la historia más mentada de sus habitantes.

Algunos decían que un salvaje la había asesinado después de violarla, pero otros reconocían que era extraño que el forastero la matara pues éste era más bien amigable y con un buen espíritu. La policía en todo caso no había logrado jamás resolver el asesinato.

Pantoja el comerciante, y su mujer, continuaban viviendo en la misma casa y parecían haber envejecido cien años. Ronaldo había heredado hace poco el negocio de su padre, y la tumba de María estaba permanentemente visitada, siempre llena de flores frescas.

Según los informes de Eloisa, no era recomendable que se apareciera por el pueblo; tendría que ser ella la que continuara investigando.

Eloisa abrió algo así como una sucursal de su negocio en Los Pozos y empezó, gracias a su oficio, a enterarse de las confidencias de los varones.

Entre sus clientes estaba Ronaldo quien no se había casado y a quien en repetidas oportunidades le escuchó hablar con tristeza y con rabia acerca de María.

Yo la amaba, le dijo un día, no sé por qué tuvo que enredarse con ese mequetrefe. Podría haber sido mía.

Eloisa aprovechando el momento trató de estirarle la lengua, pero al hacerlo Rolando se cerró como una tumba y cancelando sus servicios se marchó sin decir otra palabra.

Elías sospechaba de éste, pero no teniendo la certeza ni pruebas no podía asegurarlo. Aunque recordaba muy bien el relato de Pantoja sobre el asedio de su hija el día de su viaje, y no olvidaba tampoco sus amenazas, ni la escena y los gritos frente a la casa de María.

Varias veces estuvo a punto de volver a Los Pozos y haciéndose pasar por otro, averiguar los hechos por sí mismo, pero fue persuadido por Eloisa de no hacerlo, porque de haberlo hecho seguramente le habría costado, aún entonces, la libertad y la vida.

En todo caso había cambiado de tal modo que nadie que lo viera hubiese dicho que ese era el mismo joven humilde, radiante y alegre que cautivara las personas con su sencillez y pureza. El alcohol y la pena que no se le quitaba lo volvían melancólico y agresivo al punto de deformarle el rostro. Se había vuelto un hombre libertino y con cierta fortuna. Trabajaba, dormía y bebía como un loco, pero por sobre todo no abandonaba ese deseo atroz de conocer la verdad sobre su María.

El tiempo pasó sin novedades, parecía que tampoco él lograría averiguar la verdad sobre los

hechos y quien era el culpable. Hasta que un hombre borracho en extremo, fumándose un gran cigarro sobre la cama de Eloisa después de haberle pagado por sus servicios, le contó que el cuchillo con que le habían dado muerte era de propiedad de Ronaldo, que aquello no se sabía pues lo había comprado en ese entonces hace muy poco, durante un viaje que hicieran juntos. Además le confesó éste a Eloisa que Ronaldo le aseguró que había sido un accidente y también amenazado de muerte si decía una palabra. Por otra parte, tomando en cuenta que el forastero tampoco era de su agrado, prefirió callar, que culparán a éste y no a su amigo.

Te lo cuento a ti, le dijo finalmente, porque tú no eres más que una puta, y se quedó dormido.

Cuando Elías supo aquello que confirmó sus sospechas, sintió que los nervios le explotaban y la ira lo poseía.

Nuevamente quiso regresar a Los Pozos para probar su inocencia y que se hiciera justicia, pero otra vez Eloisa lo evitó haciéndole ver que no tenían pruebas, que muy poco o nada valía el testimonio de una prostituta contando una supuesta confesión de un borracho.

Argumento que Elías se vio obligado a aceptar de mala gana.

Entonces tramaron el plan.

Eloisa le encargaría a Rolando seis sillas y una mesa de la mejor madera, le pagaría por adelantado el cincuenta por ciento de un muy buen precio, con la única condición que una vez terminadas las entregara personalmente a un tal señor Cervantes, en el pueblo de Terramonte.

También se le cancelaría el flete, además de una generosa prima en caso de cumplir con el plazo estipulado en el convenio.

Eloisa lo hizo y Rolando alentado por la paga aceptó sin hacer muchas preguntas.

El día acordado Rolando subió las sillas y la mesa a su carreta, orgulloso de su magnífico trabajo, y salió de los pozos siguiendo el camino hacia donde le esperaba su cliente.

Elías por su parte se había levantado temprano y puesto a caminar en dirección a Los Pozos, acercándose al pueblo como antes no lo había hecho. Llegó hasta la cueva que le sirviera de refugio la terrible noche del crimen. Tocó con sus dedos las piedras de la entrada y pudo sentir como las imágenes aquellas que se reflejaron en sus paredes parecían haber quedado grabadas en éstas. Entonces volvió a escuchar después de mucho tiempo el sonido de las aguas cristalinas y locas surcando la tierra enmarañada, poblada por enormes vegetales; vio de nuevo las copas de los árboles empinándose hacia el cielo y escuchó las voces de sus padres llamándolo con suavidad y dulzura.

Respiró profundo y esperó. Hasta cuando vio venir la carreta y se ocultó detrás de unas rocas.

Ronaldo venía silbando sin mucha prisa para no fatigar los animales. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, con la imagen de su María en los ojos del alma, Elías saltó sobre él mordiéndole la yugular, sin que éste pudiera sacárselo de encima, hasta que con la fuerza de sus dientes logró arrancarle un pedazo de carne y romperle la vena. Su boca se manchó con la sangre del sorprendido Ronaldo que

sentía como la vida se le iba, pensando en que una bestia salvaje lo atacaba, y desesperado daba sus últimos tiritones en cuestión de segundos.

Entonces, por fin Elías se relajó. Pensó que ahora si estaba listo para cumplir con la promesa que le hiciera a sus padres de volver al bosque algún día. Y para olvidarse de los hombres.

Segunda parte

VIII

Al verlo llegar con zapatos y la cara demarcada, su madre adivinó de inmediato que la vida de su hijo había cambiado. Corrió a recibirlo y lo abrazó con toda la ternura que le guardaba desde el día de su partida. Lo mismo hizo su padre quien lo miraba de arriba a abajo sin convencerse y también lo abrazaba. Ambos estaban dichosos de tenerlo de nuevo con ellos.

La comida fue frugal, como de costumbre, y durante ésta Elías estuvo más bien parco. Sólo dijo que estaba de vuelta, contento de hacerlo. Después aludió al cansancio del viaje y se retiró, acostándose sobre el piso del que fuera su rincón de la cabaña.

La noche estuvo silenciosa y larga y Elías no pudo dormir pensando en una y mil cosas desparrahadas, sin ninguna lógica. Primero fue María y su risa joven, exquisita, la que lo hundió en un horrible pozo de angustia, luego fueron los estertores de Ronaldo mientras moría desangrándose desesperado, que lo estremecieron. Unas y otras las imágenes desgarraban su espíritu convulsionándolo.

Al otro día muy temprano sus padres intentaron preguntarle acerca de su viaje, pero únicamente obtuvieron respuestas evasivas.

Sólo después de unos cuantos días pudo contarles sobre María, pero se guardó muy bien de decirles acerca de su muerte y de todo lo ocurrido. Les contó solamente que gracias a ella había aprendido a leer y a escribir y que podía manejar los números sin ninguna dificultad. Les dijo también que el mundo extraño, que era difícil subsistir en él, pero que había logrado hacerlo, luchando y abriéndose camino.

La vida no había cambiado mucho en el bosque. Seguía el mismo ritmo tranquilo que cuando lo había dejado. Le gustó volver a ver a su padre haciendo dibujos en la tierra con una vara y sentir esa tranquilidad que de él emanaba, que parecía venir de otro mundo. Recordó sus siempre tranquilas observaciones acerca de las cosas y su amor por los animales. Recordó también que antes había deseado ser como él y vivir para siempre allí con Dios, en paz consigo mismo, en medio de la naturaleza.

Su madre parecía no haber envejecido y lo atendía con tanto esmero y cariño que por un momento casi tuvo la impresión de no ser el que era y haber vuelto a su pasado sintiéndose, aunque fuera por un instante, de nuevo feliz.

Sin embargo, estuvo con ellos pocas semanas, después volvió a sentir la necesidad de partir. Amaba esos agrestes parajes circundados de un verde omnipresente, también la presencia amorosa de su familia, pero en realidad ya no era lo mismo, no podía ser lo mismo. Ahora tenía la ansiedad del mundo y aunque quisiera apartarse le era imposible.

Su madre presintió otra vez lo inevitable, nuevamente no quiso retenerlo y lo dejó partir.

Dos días más tarde Elías se despidió estrechándolos a ambos en un emotivo abrazo, perdiéndose como otrora, entre los árboles.

IX

Acosado por sus fantasmas, después de mucho pensarlo, decidió regresar a Los Pozos a entregarse, confesar el crimen de Ronaldo y declararse inocente de la muerte de María. Caminó y cuando llegó a éste entró por la calle principal. Siguió avanzando y a medida que lo hacía la gente que lo reconoció dejaba sus cosas donde estaban y se ponía a seguirlo guardando una pequeña distancia. Elías pensó que en cualquier momento se abalanzarían sobre él y lo atacarían, pero no lo hicieron. Siguió con valor caminando hacia la casa de María, sin decir una palabra.

Primero quería dejar bien claro lo que antes no habían querido escucharle, aún si con este gesto se estaba exponiendo demasiado, en vez de haberse entregado directamente a la policía.

Había visto a Pantoja esa noche guiando la turba que lo persiguiera, sabía que este hombre era quien más podía odiarlo y desear su muerte, imaginándolo el culpable de la muerte de su hija. Pero sin embargo quería gritarle, costara lo que le costara, su verdad. El amaba a María y no la había asesinado. Podrían hacerle lo que quisieran, pero esa era la única verdad.

Cuando llegó a la casa se detuvo frente a ésta y esperó. La puerta se abrió y de la casa salió Pantoja. Se le acercó mientras todos estaban mudos y a la expectativa. Un vacío enorme pareció de repente instalarse en la calle. De pronto, Pantoja se le vino encima para abrazarlo y pedirle llorando que lo perdonara.

Perdón, le decía, con evidente emoción, perdón. Te culpé creyendo que eras culpable dejándome llevar por mi dolor. Perdóname tú y que me perdone Dios.

Elías no podía creer lo que escuchaba ni lo que estaba sucediendo. Se quedó ahí parado, rígido, como una estatua, sin saber a que atinar, y en eso súbitamente, toda esa gente que miraba se le acercó también para sonreírle y darle cariñosas palmadas en los hombros y en la espalda.

Más tarde supo por el mismo Pantoja que habiéndose encontrado a Ronaldo muerto, asesinado posiblemente por un animal, un amigo del occiso confesó lo del cuchillo y lo del crimen, sindicando a Ronaldo como su autor y limpiándolo a él de toda culpa.

Pantoja había recibido entonces un segundo gran golpe al darse cuenta de su terrible error y desde ese día sólo rogaba por encontrar a Elías para poder reparar después de tantos años, la desgraciada injusticia.

Lo invitó a entrar en la casa y una vez dentro los tres juntos, Elías, Pantoja y su mujer, se pusieron

a llorar a mares, hasta por fin poder liberar gran parte de la pena que les pesaba a todos en el alma.

Le rogó que se quedara con ellos y le dijo que todo lo suyo también era de él. Que lo ayudara con el negocio y le permitiera así saldar la deuda de la que se sentía tributario.

Elías todavía sorprendido por este vuelco en la situación pensó en María y evocó cada uno de los lugares en que estuvieran juntos. Recordó las tardes deliciosas sentados en las gradas de la puerta trasera de la casa, mientras María le enseñaba con toda paciencia y cariño el abecedario. Se le vino a la mente alguna que otra frase que su amada había lanzado a la vida mirando el horizonte

Después de un buen rato, con la idea de estar de nuevo recorriendo esos mismos lugares y usando esos mismos objetos, le dijo que sí, que aceptaba. Y desde esa misma noche durmió de nuevo en la casa.

Con su ayuda los negocios de Pantoja crecieron y se multiplicaron al punto que después de algunos años Pantoja decidió retirarse y dejar todo en las manos del que era ahora su futuro heredero.

Elías en un momento, cuando tuvo que elegir en qué invertir el excedente de sus ganancias, se vio en la disyuntiva de escoger entre varias alternativas, y eligió un prostíbulo. Con lo que podría también pagar una antigua deuda.

Por otra parte cambió la carreta por una camioneta y continuó recorriendo los pueblos como lo hiciera antes Pantoja.

Eloisa fue por supuesto la encargada de reclutar el contingente, en calidad de socia. Así arrendaron una casa en las afueras de Los Pozos y comenzaron a aparecer la Fany, Clotilde, Dorotea, Carmen y Katusca. Todas putas con experiencia y dichosas de haber sido invitadas a participar en el proyecto.

Entre todas arreglaron la casa, cultivaron el jardín, pintaron las paredes de un rojo oscuro e instalaron largas y pesadas cortinas en cada salón. La clientela no fue problema, llegó sola y abundante.

Elías pensó que Eloisa se veía radiante como regente del prostíbulo y no pudo resistir la tentación de abrazarla contento, antes de partir de viaje.

A la vuelta nos vemos, le dijo, y se fue en su camioneta repleta de artefactos.

X

Esa misma despedida, ese mismo diálogo se repitió en muchas ocasiones y Eloisa siempre lo estaba esperando a su vuelta para darle cuentas del negocio.

Al prostíbulo llegaban visitas de todos los pueblos cercanos, estaba siempre copado, alegrando las noches de sus clientes en medio de la música y las risas.

Hasta él llegaban los hombres con sus penas y sus sueños, a liberarse en medio del amor y la borrachera. Con el tiempo comenzó el prostíbulo a tener fama de limpio y alegre, fama que se fue propagando hasta llegar a oídos de gente importante.

Grandes señores aparecieron solicitando discreción y pagando fuertes sumas de dinero para realizar fiestas privadas. Estas eran de pocos invitados, y en los salones se hablaba con personas distinguidas escuchando música selecta.

De estos hombres, y entre esas paredes, Eloisa pudo escuchar muchas historias, pero una de ellas llamó más que las otras su atención, en especial la de ese hombre atractivo y vividor que esa noche se

descargaba de sus penas, dándole rienda suelta a su lengua pastosa por el exceso de alcohol.

Decía llamarse Armando de Pica y venir de una localidad llamada Florcius de Pica, a unos 200 kilómetros de Los Pozos. Tenía toda la facha de ser un notable, de buena fortuna, acostumbrado a los placeres del mundo.

Hablaba también de sus triunfos y posesiones con orgullo, pero tenía sin lugar a dudas una espina clavada en el alma. Una espina de juventud.

Según él había sido un verdadero necio entonces, dejándose llevar por absurdas ideas de poder, acatando los arbitrios de la familia, so pena de perderlo todo y fracasar.

Los negocios de la familia le habían sido destinados y, debiendo asumir esa carga, había heredado también el peso que significa el tener que ser algún día el patrón. Así, en su juventud, estuvo imposibilitado de tomar sus propias decisiones, y el destino se encargaría de jugarle una muy mala pasada.

Desde pequeño lo habían cuidado con una especial dedicación, igual como se criaría a un futuro rey.

Desgraciadamente casi todo le estaba prohibido y por esta falta de libertad no recordaba haber sido feliz. Era como si desde un principio no le hubiesen permitido tener su propia vida y hubiera sido destinado para algo planeado ya antes de nacer.

Tenía de todo, absolutamente lo que quería, menos su destino en las manos, y así creció.

A los veintidós años estaba cerca de terminar los estudios universitarios, después de haber hecho

una carrera excelente. Su próximo paso era el entrar en calidad de aprendiz en el oficio de la familia: el vino.

La cosa iba por donde se había planeado, tal como debía ir. Hasta que se enamoró.

Si, se había enamorado perdidamente de una joven un año mayor que él, evento que cambió sus prioridades, hasta faltar un día a sus deberes, lo que fue considerado por la familia como un verdadero sacrilegio.

Preocupados, los responsables de su educación le llamaron varias veces la atención, y su vida comenzó a complicarse.

Pero del amor no se deshace uno así no más, le dijo esa noche, y pareció querer tomar un respiro antes de continuar. Uno no puede tomar la decisión voluntariosa de no seguir amando, continuó, porque la pasión que tira es una cosa atroz. Yo amé a esa mujer y ella también me amó. Esa fue la razón de que nuestras vidas naufragaran.

Beatriz había quedado esperando un hijo suyo. Cuando lo supo se sintió feliz y pensó en desposarla lo más pronto posible, pero su familia se opuso.

Claro que pensaron en abandonarlo todo y partir a vivir juntos. Aunque nunca lo hicieron. Por esas cosas desgraciadas de la vida lograron separarnos, dijo él.

Eloisa lo escuchaba con mucha atención y al caballero se le iba desgarrando la voz mientras seguía con su historia.

Me convencieron de que era mejor no hacer-

lo, que todo se solucionaría esperando un poco, retrasando el matrimonio. Así mi hijo podría heredar después una fortuna y su madre podría encargarse de educarlo como estimara conveniente, con los mejores medios. Pensé que por una parte tenían razón y cedí.

Beatriz no estuvo de acuerdo sin embargo y ante el eventual escándalo que golpearía a su familia, prefirió escapar para no volver. Mientras que él se había hundido en la nada sin escapatoria.

Algunos años después la busqué como un verdadero loco, por cada pueblo, aldea y ciudad del país, pero no la encontré.

Entonces ya era el patrón de todo y pudiendo ser un gran señor, me convertí con el tiempo en un ser desdichado, afortunado, vividor, que va de burdel en burdel. Mi fortuna está intacta, pero conmigo han muerto todas las pretensiones de mi familia de continuar con sus sueños de grandeza y poder.

Eloisa tuvo pena de este hombre y le acarició la cabeza suavemente, mientras le daba un tierno beso en la mejilla. Su historia la había dejado marcada, debido más que nada al extraño parecido de este hombre con su socio, Elías.

XI

A Elías por su parte seguía yéndole bien. En sus viajes conocía a muchas personas, de todos tipos y oficios. Se fue convirtiendo en un personaje de las zonas que visitaba. Tenía su itinerario con las mejores piezas de los albergues reservadas y cientos de clientes esperándolo para abastecer sus almacenes. Así, no había viaje en que no volviera con su camioneta vacía y los bolsillos llenos de dinero.

Sus salidas duraban entre una y dos semanas. Al volver lo primero que hacía era poner al día a Pantoja sobre lo ocurrido durante el viaje, y luego partía donde Eloisa.

Eloisa trató de comentarle acerca de Armando de Pica y su historia, pero en realidad Elías no quería escuchar y prefería pasar su tiempo divirtiéndose o hablando de como iba el prostíbulo.

Después me lo cuentas, le dijo, ahora háblame de las niñas. Y Eloisa se vio obligada a cambiar de tema.

Katusca era sin duda la más alegre de todas y la más bella, siendo la preferida de muchos clientes. Ese no era su verdadero nombre. El suyo era María de los Angeles Iturra y provenía de una familia pobre, azotada por el hambre y la mala fortuna.

Desde muy pequeña se las había tenido que arreglar por sí sola. En un principio había comenzado trabajando como empleada en un bar de mala muerte donde el dueño sentía una especial simpatía por su persona y la cuidaba. Trabaja de la mañana a la noche aseando el piso y las mesas; por las noches muchas veces tuvo que ayudar a servir a malacatosos y bandidos que la miraban con malos ojos y obscuras intenciones, a pesar de su corta edad.

Allí creció y con el tiempo se convirtió, a decir de su patrón, en una joven demasiado deseable, en un posible motivo de alboroto para su bar, por lo que la llevó visitar a una antigua amiga suya que seguramente le conseguiría un trabajo más apropiado.

La amiga de su patrón al ver sus deslumbrantes ojos azules y el pelo rojo cayéndole graciosamente sobre los hombros, el busto regio y una piel blanca como la nieve, pensó que con ella haría una fortuna. Enseguida se dio cuenta de que la chica era virgen, que no tenía experiencia en esas lides y debería iniciarla en el negocio con mucha sutileza. Le explicó que ella era la patrona de una casa de huéspedes donde los señores venían a pasar un buen rato y que el asunto se trataba de atenderlos bien y ser un poco cariñosa.

El trabajo era bien pagado y podía vivir allí con la familia como le llamó la señora Carlota al séquito de prostitutas que constituían su grupo de señoritas. Tendría una habitación para ella sola y con el tiempo aprendería el oficio. Katusca aceptó, se despidió agradecida de su antiguo patrón y se quedó.

Algunas noches después Katusca fue llevada

a una de las recepciones que doña Carlota daba en su salón. Allí le presentaron a un hombre mucho mayor que ella para que lo acompañara y entretuviera. Bailaron y bebieron juntos hasta que doña Carlota le insinuó que debía llevarlo hasta su pieza. En ella el hombre quiso sobrepasarse y Katusca no se lo permitió. Entonces, éste, habiendo sido advertido de la situación de la joven y pagado precisamente más por tener ese desacostumbrado honor, no insistió y le propuso seguir bebiendo y bailando.

Tiempo más tarde la bebida había hecho su efecto en los dos y Katusca hasta sintió placer cuando ese hombre le acariciara los pechos y los muslos con ternura. No se dio ni cuenta cuando estaba desnuda completamente sobre la cama e instantes después era desflorada por ese hombre, con la gentileza y sutileza de un maestro.

La mañana siguiente sintió un fuerte dolor de cabeza y al mirar a su lado se dio cuenta de lo sucedido. Primero tuvo ganas de vomitar, pero luego se dijo que la cosa no había sido tan mala o que podría haber sido peor. Hasta entonces creía que aquello debía suceder cuando conociera el amor, pero ya la vida le había enseñado que las cosas no siempre son como uno quiere, que hay mucho que aceptar si uno pretende subsistir.

La paga fue para ella extraordinariamente buena, lo mismo que la complacencia de doña Carlota que la llenó de pequeños obsequios y la regaló como si fuera su hija. Así, no pasó mucho para que olvidara aquello que hubiese podido ser una terrible experiencia, lo que con el tiempo se convirtió en el recuerdo de su casi perfecta iniciación.

Desde entonces llevó el asunto con mucha fi-

lososfía y habiéndose convertido en la estrella del lugar hasta se tomó el derecho de elegir a sus clientes. Se volvió cada vez más alegre y hermosa, los hombres se peleaban, literalmente, por tenerla.

Eloisa la había conocido y se habían hecho buenas amigas compartiendo sus sueños y los secretos del oficio, teniéndose la una a la otra en caso de necesidad.

Fue ella la primera en quien pensó Eloisa al plantearle Elías el negocio.

Esta viajó desde la ciudad del norte en que trabajaba respondiendo al llamado de su amiga, y ahora ahí estaba convirtiéndose, nuevamente y sin mucho esfuerzo, en la reina del prostíbulo de Los Pozos.

Otra cosa era la historia de Carmen, llegada hasta allí por circunstancias completamente diferentes.

Su edad ya estaba al borde de los cuarenta años y su vida venía en picada.

Había sido la regente de un maravilloso prostíbulo en una gran ciudad y por eso conocido a las más importantes personalidades del país. Era bella también, con un aire de dignidad que aún conservaba.

Un hombre en especial se había cruzado en su vida y ésta se había prendido locamente del sujeto. El hombre era vividor, falto de escrúpulos. Pero ella vibraba con su sola presencia y habría sido capaz de hacer cualquier cosa por él. Cosa que hizo.

Carmen tontamente se vio envuelta en una conspiración de pésimo gusto; de la cual fue quien salió más perjudicada. Su amigo intentó llevar a

cabo una estafa aprovechándose de los encantos de su agraciada puta.

La cosa a primera vista parecía ser simple, ella debía conseguir los documentos de otro de sus clientes, mientras éste descansara plácidamente después de haberle concedido sus favores. El cliente era un conocido hombre de negocios a quien se pretendía birlar una de sus grandes propiedades, utilizando falsamente los documentos.

Carmen hizo lo que le pidieron, pero el asunto no tardó en descubrirse y fue llevada por años tras las rejas, mientras su macho dorado, como ella lo llamaba, había desaparecido del mapa sin siquiera prevenirla.

Así había todo perdido y desde hace algunos años deambulaba de prostíbulo en prostíbulo tratando de hacer de nuevo fortuna.

Su vida no era lo que se llama un pacífico remanso y Eloisa tenía que mantenerla constantemente a raya para que no cometiera algunas de sus locuras. Como por ejemplo el día en que debió llamarle la atención por desaparecer con uno de los clientes durante varios días.

Por esto Carmen la detestaba, aunque Eloisa seguía dándole nuevas oportunidades, sin sospechar el odio y la envidia que crecía en el corazón de su compañera de labores.

A Elías le gustaban esas historias, las de su gente. Se interesaba en conocerlas y siempre, en secreto, intentaba comparar esas historias con su trayectoria personal. Para todos, el mundo es a la vez un poco claro y oscuro al mismo tiempo, era su conclusión.

XII

Sucedió que con el tiempo esa vida de trabajo y ganancias comenzó a aburrirle. Demasiado siempre de lo mismo se le hacía pesado, insoportable, y sin saber cómo se acercó de nuevo al trago.

Nuevamente no había quien pudiera pararlo cuando bebía y se ponía insoportable, agresivo. Eloisa comenzó a tenerlo más a menudo en su pieza y no la dejaba ni le daba tiempo para atender a otros clientes.

Muchas noches terminaba haciendo un terrible escándalo, que si no fuera por las atinadas reacciones de Eloisa, hubiese terminado por espantar a muchos de sus mejores clientes. Pero a él ni la plata ni el negocio le importaban, decía borracho, y menos que un par de malditas putas y cabrones le dijeran lo que tenía que hacer. Luego se dormía y Eloisa lo dejaba descansar hasta que pasara la borrachera, despertando muy tarde a la mañana siguiente.

Suspendió los viajes y cuando estaba sobrio comenzó de nuevo a pensar en aquello que ya creía perdido: el verde del bosque y el sonido de las aguas cristalinas. Y pensó en volver, aunque el destino le tenía reservada otra sorpresa.

Eloisa recibió una solicitud para una fiesta privada, donde asistirían sólo cuatro personas y se requería de la mayor discreción. Todo fue preparado para la ocasión, las niñas incluso cerraron las puertas por algunos días con tal de estar fresquitas en el evento.

Esa noche el salón estaba espléndidamente arreglado, la música de fondo era tranquila y apropiada, cuando comenzaron a llegar uno a uno los caballeros.

Uno de ellos era Armando de Pica quien pidió la compañía de Eloisa.

Primero bailaron y fumaron sus cigarros conversando, teniendo a las niñas sentadas en sus piernas. Después poco a poco el salón fue quedando vacío cuando los caballeros subieron a las piezas abrazados de sus parejas.

Ya era medianoche cuando Eloisa y Armando de Pica se sacaban la ropa en una perfecta intimidad.

Pero en eso llegó Elías completamente ebrio irrumpiendo en la pieza. Eloisa no supo qué hacer, ni hubiese podido hacer nada porque Elías la golpeó dándole un terrible manotazo en la cara que logró derribarla.

El caballero, en calzoncillos, salió en su defensa y la pelea se armó. Elías en su estado cayó a los primeros golpes que Armando de Pica le lanzara mostrando un sorprendente estado físico.

Eloisa permanecía muda en el suelo, intuyendo venir lo que había adivinado hacía tiempo.

El hombre al agacharse a examinar al agresor notó de inmediato el parecido de Elías y retrocedió sorprendido.

Pero esto es increíble, pronunció, y miró a Eloisa que se levantaba para ponerse a su lado.

Se llama Elías, le informó ésta, fue criado en el bosque por una mujer que venía huyendo de un drama familiar como el de su relato, hasta allá llegó esa mujer y tuvo a su hijo. El ha pasado por mucho, ahora cruza por una mala racha.

Véalo usted, continuó, si parece ser su vivo retrato, sin duda que es su hijo.

¿Mi hijo? Preguntó Armando de Pica, mientras se ponía de nuevo la ropa, y se notaba que estaba sorprendido, nervioso. ¿Pero entonces?

No terminaba de reponerse de tamaña sorpresa cuando Elías se levantó del suelo como un endemoniado y le clavó un cuchillo en el estómago, sin tener conciencia alguna del parricidio que cometía.

Viejo de mierda, le gritó, venir a envalentarse, el muy desgraciado.

Eloisa lo tomó con todas sus fuerzas y Elías se dejó arrastrar fuera del prostíbulo. Como era medianoche y la casa quedaba en las afueras del pueblo, era difícil que alguien los viera.

Eloisa lo subió a su camioneta y con el dolor de su alma se lo llevó lejos por el camino, sabiendo que de no hacerlo sus días estarían contados.

A varios kilómetros de Los Pozos lo dejó durmiendo su borrachera cubierto por unas ramas, luego volvió al pueblo a gritar desde su pieza denunciando la asesina irrupción de un desconocido.

Al otro día Elías despertó con resaca y vagamente consciente de lo que había hecho.

Pero muy rápido recordó que había dado muerte al cliente de Eloisa.

Entonces comprendió que ahora le quedaba un sólo camino y que su amiga lo había puesto en esa dirección.

El bosque lo esperaba. Eso era lo que desde hace algún tiempo tenía en mente, claro que no de esta manera. Ahora ese verde, esos árboles y esas aguas serían su prisión. No podía volver a pensar en salir de allí. Dos crímenes a su haber ya eran demasiado en su conciencia. Ahora su condena sería el vivir con la incógnita terrible de no saber quien era y porque actuaba a veces como un animal.

Tercera Parte

XIII

Al bosque llegó un día que llovía torrencialmente y cuando golpeó la puerta de la cabaña su madre le abrió haciéndole entrar de prisa, para impedir que siguiera mojándose. Se encontraba sola y cuando Elías preguntó por su padre, ella bajó la cabeza en señal de duelo y tristeza. Le contó que había muerto no hace mucho y que había tenido que enterrarlo ella sola cerca de la cabaña, donde había ahora una cruz.

Se abrazaron y sintieron el uno al otro, luego le dio de comer y no cesó de hacerle cariño durante todo ese tiempo. Su padre había fallecido de una enfermedad extraña que en poco tiempo lo había hecho decaer e irse apagando como una vela que se consume, cosa incomprensible en un hombre como él que no se había enfermado nunca. Había muerto en sus brazos, agradeciéndole su compañía y el hijo.

Elías sintió pena y tuvo ganas de llorar. Salió de la cabaña y se abalanzó sobre la tumba de su padre, mientras la torrencial lluvia no dejaba de caer.

Después de un rato, se pasó la mano mojada por el rostro y volvió para abrazar a su madre.

Le aseguró que no volvería a partir y a medida que fue pasando el tiempo, obligado como estaba

a permanecer allí para siempre, se fue entregando nuevamente a ese ritmo del bosque, más calmado y natural. Volvió a disfrutar como antes del viento silbando en las copas de los árboles, y los días de sol visitó frecuentemente las aguas cristalinas que tanto lo atraían. El lugar le hacía bien. No sentía ganas de beber como al principio, algo mágico le estaba ayudando a sanar sus heridas espirituales y dormir, dormir bien como en los viejos tiempos.

A su madre le contó acerca de los negocios, del dinero, y le dijo que eso no era para él. Que finalmente había encontrado la respuesta a todas sus preguntas, que por eso había regresado a donde él pensaba poder vivir mejor. El mundo no le interesaba más, concluyó.

Con esta declaración su madre no podía estar más feliz, todos los días tataraba una canción y daba gracias a Dios por haberle devuelto a su querido hijo.

XIV

Mientras tanto en Los Pozos, el cadáver de Armando de Pica había sido trasladado hasta su tierra y enterrado con todos los honores. Pero la cosa no había quedado ahí, sino que la familia contrató a varios hombres para que dieran con el asesino.

Aunque Elías había desaparecido nadie en el pueblo se atrevió a culparlo, recordando la experiencia anterior en que se le culpaba injustamente.

Eloisa estaba muy segura por lo mismo. Pero no contó con la traición de una de sus compañeras. Carmen, la menos leal de las putas, viendo la oportunidad de perjudicarla y de paso ganarse una pequeña fortuna, soltó la lengua. Les dijo a los investigadores, a cambio de una gran suma de dinero, que esa noche había escuchado gritos en la pieza de Eloisa y después la había visto a ella arrastrando a Elías hasta subirlo a la camioneta. Como eso le había parecido extraño fue hasta la pieza y encontró al hombre muerto tirado allí en el suelo.

Elías era sin dudas el asesino y la única parte donde podrían encontrarlo, según ella, era en el bosque.

Los hombres no trepidaron, e informándose sobre la ubicación del bosque y de las características del área, emprendieron la cacería.

A la cabeza del grupo iba Marcelo de Pica, un sobrino del difunto, encargado por la familia de resolver el asunto y encontrar al culpable. Lo seguían varios hombres de experiencia, armados hasta los dientes.

Eloisa se les adelantó, y siguiendo las indicaciones que muchas veces Elías le había dado sobre la ubicación de la cabaña, un día apareció por allá para sorpresa de éste.

Lo puso en alerta, pero no intentó hacer que huyera, comprendiendo que entre esa espesura que muy bien conocía le sería mucho más fácil ocultarse.

Su madre, sin embargo, al enterarse someramente de lo que ocurría, asustada, impactada y temiendo por la vida de su hijo, le sugirió que se marchara ese mismo día hacia las tierras más altas, por si acaso...

Los hombres tardaron varios días, pero llegaron finalmente a la cabaña, donde Beatriz los esperaba sabiendo que vendrían en busca de su hijo. Al verlos llegar salió a recibirlos como si su llegada fuera realmente una sorpresa, invitándolos a descansar antes de que siguieran su camino. Hizo todo lo posible por agradarles y hacerles creer que no tenía ninguna idea del hombre que buscaban. Pero, los hombres indagaron y concluyeron que Elías había estado allí, y quisieron interrogarla sin sospechar que ella era su madre.

Marcelo de Pica haría las preguntas, pero primero se presentó. Beatriz al escuchar ese nombre creyó morir de impresión y por unos instantes se vio paseando de la mano de su Armando por los jardines

de la universidad, mientras éste la besaba en la boca y la abrazaba. Luego se desmayó por un buen rato, hasta que al volver en sí quiso enterarse más sobre el asunto.

Marcelo de Pica tendría un poco más edad que su Elías y era hijo de una hermana de Armando. Ella lo había conocido antes de partir, e incluso lo había tenido en sus brazos.

Durante muchos años él había sido la única persona verdaderamente cercana a su tío y el acompañante de casi todas sus excéntricas tropelías. Marcelo de Pica conocía entonces muy bien la historia que había escuchado mil veces de los labios de su pariente vividor e infeliz, y ahora estaba lejos de siquiera sospechar con quien estaba hablando.

Los hombres comieron, descansaron y finalmente decidieron pasar allí la noche, invitados por Beatriz.

Esa noche fue aprovechada por ambos, tanto por Beatriz como Marcelo de Pica que tenían interés en obtener información el uno del otro. Marcelo de Pica insistía en que se le dijera que camino había tomado Elías y si sabía donde éste se encontraba, pero fue inútil ya que la mujer no contestaba a sus preguntas, haciéndose la desentendida y devolviendo a su vez pregunta por pregunta. ¿Por qué lo seguían, qué crimen había cometido?

Si le hubieran dicho a Beatriz la respuesta que obtendría, seguramente no hubiese seguido preguntando, pero la vida en esas cosas es implacable y sigue indiferente el destino trazado.

Marcelo de Pica le informó entonces que por asesinato, el de su tío, don Armando de Pica, feroz y cobardemente asesinado por ese maldito, a quien

perseguiría sin descansar hasta verlo pudrirse en el infierno.

Asesinó a Don Armando de Pica, le dijo, un caballero de la mejor cepa, dueño y señor de una gran fortuna. Entonces el joven se dejó llevar por la nostalgia antes de que Beatriz reaccionara. Mi tío, le dijo, era una buena persona, había sido golpeado por la vida sin poder recuperarse, pero no le hacía mal a nadie, sino que al contrario ayudaba a todo el mundo.

Había perdido a su amada por una de esas juguetas del destino, habiéndola dejado partir sin detenerla, pero después se había arrepentido y buscado sin cesar por todas partes sin encontrarla. Estoy seguro, continuó, que él hubiera renunciado a todo por volver a verla. Esa era su historia, hasta que ese mal nacido la interrumpiera.

Beatriz sintió que el corazón le estallaba y se puso blanca como una muerta después de tamaña revelación. No dijo una palabra, dejó caer los brazos y las lágrimas bañaron sus mejillas. Algo en su interior se quebró sin poder resistir y aquel golpe terrible la desconectó ese día para siempre de la dura realidad.

Al amanecer los hombres partieron sin explicarse lo que le aconteciera, dejándola lo mejor que pudieron, perdida desde entonces en algún mundo distante.

Pobre mujer, pensaron, y continuaron la cacería.

E^Lías había alcanzado las tierras altas después de haber tenido que sortear no pocos obstáculos. Allí hacía frío y el paraje era un poco más agreste. Algunos grandes pájaros volaban haciendo círculos en el cielo gris. Se veía preocupado y los fantasmas volaban a acosarle. Comió un poco de pan y trató de dormir cobijándose debajo de dos grandes piedras.

La oscuridad fue larga y recordó la noche aquella del crimen de María, de su estadía en la cueva.

Recordó también a Pantoja, a su mujer. Pero sobre todo a Pantoja. Y en especial un día en que viajando juntos tuvieron que repeler un asalto. Pantoja había tomado un mazo que guardaba para aquellas situaciones y había comenzado a blandirlo en el aire. Era un hombre valiente. El había tomado unos peñascos y comenzó a tirárselos pegándole a uno de los bandidos en la cabeza, derribándolo. Pero eran muchos. Pantoja le gritó que huyera mientras él pudiera detenerlos. Por supuesto que no lo hizo y se quedó allí para hacerles frente. La pelea fue terrible recibiendo ambos más de un buen golpe. Finalmente los habían reducido y amarrado, robándole la carreta y dejándolos milagrosamente con vida, tirados en el camino.

Fueron esas largas horas bajo el sol, en las que Pantoja y él se sintieron unidos por un mismo destino. En la casa les esperaban las dos mujeres, su esposa y María. Entonces conversaron, esperaron hasta que él logró desatarse y desatarlo. Pantoja estaba furioso, quiso perseguir a los bandidos y Elías tuvo que seguirlo para ayudarlo. Pantoja caminó decidido.

Mucho más allá y por la noche los bandidos descansaban al lado de la carreta completamente borrachos sin haber dejado siquiera un sólo guardia. Pantoja se les acercó y los golpeó uno por uno mientras dormían utilizando los grandes sartenes que le habían robado y que todavía colgaban de la carreta. Luego había subido a la carreta y le había dicho: vamos, ya tienen suficiente, ya recuperamos lo nuestro.

Cuando volvieron a Los Pozos les sanaron las heridas. Pantoja no había olvidado nunca ese accidente y lo acogía cada vez mejor en su casa, hasta ese día terrible.

En eso estaba cuando escuchó ruidos a unos metros y reaccionó. No era más que un lobo solitario que merodeaba buscando algo con que llenar sus intestinos. Lo espantó con una piedra y trató de seguir recordando, pero no pudo. Aunque lo recordado bastaba con creces para sentirse de nuevo valiente y con fuerzas.

No sabía cuánto tiempo más debía permanecer allí y la idea de ser cazado como un animal no terminaba de gustarle.

Pasaron un par de horas hasta que cansado de esperar resolvió buscar él también a sus cazadores y hacerles frente. No importaba cuantos fueran ni cuan

armados estuvieran, él conocía mejor el bosque y no estaba dispuesto a dejarse sorprender.

Bajó lentamente por un sendero silvestre dibujado entre los árboles. Hasta que por fin los divisó en un claro descansando. Eran cuatro y él había pensado que podían ser muchos más.

Los observó oculto detrás de unos matorrales y los escuchó hablar. Pensaban dividirse y continuar subiendo en forma separada. Dos quedaron de continuar por la ladera sur, dos por el norte. Marcelo de Pica, que se veía y actuaba como el jefe subiría por el norte.

Elías decidió actuar con cautela y se dijo que para él era sumamente beneficiosa esa decisión de los hombres de separarse. No hizo ruido y siguió esperando, acechándolos.

Siguió al grupo hacia el sur mientras esperaba alguna oportunidad. Tenía a su favor sus rápidos movimientos y su empatía con el entorno, pues desde niño había aprendido a camuflarse perfectamente. Los dos hombres caminaron y caminaron deteniéndose en raras ocasiones a descansar. Un poco más allá Elías les tenía preparada una trampa.

Ambos cayeron en ella como si fueran dos principiantes y quedaron sepultados bajo una inmensa lluvia de piedras caídas de repente. No pudieron siquiera reaccionar cuando el alud se les vino encima, aplastándolos. Elías observó algunas partes de los cuerpos que se asomaban por entre las rocas. Ahora quedaban solamente dos. Y salió en su búsqueda, convirtiéndose así él en cazador.

Pero no los encontró y después de dar muchas vueltas decidió volver a la cabaña.

XVI

En ésta encontró a su madre deshecha y absolutamente perdida al punto que no lo reconoció. Entonces, Elías sintió como nunca que la desgracia caía sobre él y perdió un poco de confianza. La tomó y la llevó hasta las aguas cristalinas donde permanecieron largo rato. Allá trató de hacerla reaccionar, pero ella no respondió, continuó perdida en ese otro mundo al cual él no tenía acceso.

La abrazó mil veces sin comprender; si hubiese sido un lobo se hubiera puesto a aullar a Dios y a pedirle explicaciones. Sintió como le montaba la tensión y tuvo el sentimiento de ser un hombre maldito, a la orilla de una vida desgraciada, muy cerca de alcanzar su final.

Jamás tuvo siquiera una vaga idea de lo que pudiera haberle ocurrido a su madre y se lo atribuyó también a la fatalidad.

En ese momento pensó que mil veces hubiese preferido quedarse para siempre en el bosque y vivir como un animal, a ser un hombre y pasar por todo aquello que le había sucedido. Se arrepentía de su curiosidad, se arrepentía de su viaje y se arrepentía también de haber tomado otras vidas, pero por sobre

todo se lamentaba de haber perdido lo mejor que le había deparado la existencia: su María.

Súbitamente la mujer cesó de respirar dejando a Elías como en un limbo. Muchas cosas se juntaban para acertarle el golpe final.

Cuando volvió a la cabaña con su madre en los brazos se encontró con que los otros dos hombres lo estaban esperando, apuntándole. Pero ni siquiera les prestó atención y siguió adelante.

Marcelo de Pica contaría después como se sorprendió al verlo llegar hasta donde ellos lo esperaban. Era el vivo retrato de su tío Armando, decía, tenía sus mismos ojos azules y sus anchos hombros, y en un principio tuvo que restregarse los ojos creyendo que estaba soñando. El parecido era verdaderamente asombroso y eso casi le hizo titubear, además que el hombre venía con el cuerpo de la mujer en los brazos. Pero no perdió la compostura y le ordenó detenerse.

Al hacerlo éste dejó el cadáver de la mujer en un remanso de flores del bosque y lo miró directamente a los ojos. Eso fue como si su mismo tío lo estuviera mirando y sintió esa misma desesperanza y amargura de su pariente reflejada en el alma.

Entonces Elías lanzó un grito desgarrador y salvaje que espantó a las aves de los árboles y puso nervioso a su compañero, a quien no alcanzó a detener antes de que sin pensarlo siquiera y llevado por el espanto, le disparó una bala al hombre entre las dos cejas, matándolo.

Epílogo

Esa es la versión oficial, lo que se contó a todo el mundo, pero la verdad es otra.

Marcelo de Pica tuvo piedad, bajó entonces el arma, ordenó a su compañero que también lo hiciera y le gritó a Elías que huyera hacia el bosque.

Elías, cansado ya de tanta muerte, dolor y desventura, escuchó sus palabras, bajó lentamente la guardia, rendido, entregado, y dio media vuelta en completa calma, hasta desaparecer para siempre caminando entre los árboles.

Fin

